

SOLO UN ODIOSO INVASOR

(Nota: este es un cuento corto de mi libro 'Historias del Futuro')

En esta historia voy a comenzar por quien y que soy. Mi nombre es Silvester Stanley pero todo el mundo me conoce por 'DS'. ('Double S')

Tengo exactamente 30 años y me encanta mirarme al espejo: 1.90 metros; 80 Kilogramos de músculos trabajados en mis miles de horas libres; y bien repartidos en un cuerpo fuerte y perfecto. Una cara que merece estar en algún cartel de Hollywood.

No tengo demasiados estudios, porque en verdad, nunca los necesité. ¿La razón?: Soy el hijo de John Christopher Stanley, el magnate del acero; con fundiciones y distribuidoras de las mejores aleaciones en todo el continente. No quiero pecar de soberbio, pero cuando se tiene tanto dinero (aunque provenga del esfuerzo de mi querido papi), con ser medianamente ordenado y solicitar una cuota mensual como la que puede pedir el hijo de un tal magnate, se vive de maravillas.

Tengo una casa hermosa con todo lo que tiene que tener una casa hermosa a un tiro de piedra de Los Ángeles; y mi vida transcurre principalmente disfrutando deportes varios (hago vela, esquí, parapente, golf, motociclismo y varias cosas más). Tengo un avión (confieso que no es demasiado grande, pero me da para moverme dentro de mi país), que utilizo cuando quiero pasear, visitar algún amigo que vive lejos, o cuando debo participar en alguna competencia deportiva. Y ya que los mencioné, no solo visito a mis amigos; sino que también salgo constantemente con ellos, pues los tengo a montones y por todos lados; gente querida con la que básicamente fiesteo y salgo por las noches a divertirme y pasarla bien.

Vivo solo en mi mansión; y mi zona: lo más exclusivo de Malibú, es super tranquila y segura; aunque yo por las dudas y nada más que por protección tengo en la casa una pistola austríaca Glock 17, con munición 9x19 mm Parabellum, que me da una tranquilidad infinita ya que cuando la tengo en mi mano no siento el peso de una pistola sino la sensación de manejar un verdadero cañón de la Segunda Guerra Mundial.

En cuanto a mi carácter, creo ser simpático y encantador, y casi siempre estoy de buen humor; excepto cuando me llevan la contra o no se hace lo que yo quiero. ¡Qué diablos! Soy un niño mimado y estoy acostumbrado a

ser obedecido y todo el mundo que reconoce mi dinero y mi poder tiene que hacer lo que yo digo! Yo mando. ¡Siempre mando! Y si aceptamos esa simple y pequeña regla, entonces ¡todo transcurre suave y fluido junto a mí!

Creo finalmente, que con esta breve descripción he mostrado como soy. Que resumido podría decirse: 'Un gran muchacho, bendecido por sus looks, por su dinero y su fama'. ¿Dije fama? Bueno... Sí. Mis amigos me han echado la fama de ser el más mujeriego de toda la camada. Juro que no tengo vicios; pero sí una deliciosa adicción: ¡Adoro a las mujeres! En especial a las modelos, a las más hermosas, a los mejores cuerpos. Soy en verdad incondicional a ellas y cuanto más bella y más ardiente... ¡Mejor!

Y ahora sí, que esa es la imagen final, la imagen de ese semi-dios que soy yo: ¡DS!

Y aquí... la historia...

Estaba aquella noche profundamente dormido, en el merecido descanso luego de un largo día de carreras en wave runners, margaritas con harto tequila en la marina local y finalmente un apasionado encuentro nocturno con una preciosura de cabellos dorados, a quien ya había dejado en su casa... cuando el timbre comenzó a sonar con insistencia.

Lentamente penetró la espantosa perturbación por mis oídos y más lentamente aún llegaron los irrespetuosos impulsos hasta mi cerebro.

El timbre hervía. Me desperté.

-¡Loco maldito! – refunfuñé.

Me calcé las pantuflas que encontré tanteando con las manos a través de mi somnolencia y poniéndome la robe me encaminé hacia la puerta.

¿Quién diablos molestaría así, a las cuatro de la mañana al intocable DS?
¿Es que el miserable que se había pegado al timbre no me conocía? No sabía que a esas horas, nadie ni nada en el mundo podía molestar al niño mimado?

Abrí la puerta.

El hombre estaba malhumorado.

-¡Al fin! – exclamó fastidiado; y haciéndome a un lado sin ninguna consideración penetró en el living.

-Cierra la puerta y prende la luz, ¡Botarate! – ordenó.

Yo estaba tan cansado que obedecí. El living se llenó de luz que hirió mis ojos.

Parecía un tipo vulgar y común. Unos cuarenta años. Cara anodina, de esas que se ven por miles en un metro o comprando provisiones en un súper. Me miró fijo, con evidente fastidio y usando una voz monótona aunque bien autoritaria me lanzó:

-¡Presta atención que no estoy para perder el tiempo!

Yo estaba demasiado cansado y dormido pero igual miré. El tipo cerró los ojos. Se concentró y dejando escapar un 'Ufff...' de evidente satisfacción... ¡¡Se transformó!!

Parecía un ser humano. Era casi igual al tipo que había entrado tan solo unos minutos antes en la mansión. Casi igual ... ¡Pero no lo era!!! Cada una de las facciones (nariz, boca, ojos, cejas, mejillas, orejas) eran muy parecidas a las humanas... pero en todas ellas había al menos una ligera variante.

-¡Bueno! – Interrumpió mis pensamientos – Aunque se te ve algo estúpido, ya te habrás dado cuenta. Soy de afuera. Extraterreno o extraterrestre o como carajo nos llamen Vds.- Si estoy de humor, tal vez mañana conversaremos. Ahora no me molestarás pues estoy muerto de sueño...

Yo tenía en mi mente una mezcla de incredulidad, somnolencia y aún sentía que no se había disipado totalmente el alcohol que había bebido solo unas horas antes; todo lo cual no me dejaba entender con claridad lo que estaba ocurriendo, y lo único que necesitaba era volver a mi cama para seguir durmiendo y descansando.

El tipo éste giró su cabeza y a través de la puerta de mi cuarto abierta divisó mi cama. La giró ahora para el otro lado y me enfocó a mí. Nos miramos. Varios segundos así, escrutándonos como dos niños tontos. De repente y como tocados por un hierro al rojo pegamos un salto y corrimos hacia la cama. Yo fui más torpe y al llevarme una silla por delante llegué después que él. Lo encontré entre las sábanas revolviéndose con satisfacción y evidentes ansias de reposo. Abrió sus ojos raros y al verme junto a la cama gruñó con impaciencia:

-¡Largo! ¡Largo de aquí! ¡Pedazo de bobo! – Dio media vuelta y comenzó a roncar.

Yo estaba tan cansado y tan borracho, creo; que me dirigí al baño y me acomodé en la bañera. Me dormí.

Era un hermoso sueño. Recostados sobre el prado Jennifer me besaba tiernamente y su cuerpo se balanceaba lenta y voluptuosamente contra el mío, cuando de pronto... ¡Se desató un aguacero fenomenal!

Aunque el agua... ¡Era demasiado real! Me estaba empapando, ¡me estaba ahogando! El fuerte chorro de lluvia caía helada sobre mi cabeza. El extranjero en tanto con una de sus manos me urgía a salir de la bañera.

-¡Rápido! ¡Fuera! ¿No lo estás viendo idiota??! –refunfuñó con un pésimo humor - ¡Tengo que bañarme!

Salí de mala gana de la tina, pero dispuesto a no permitir otro avasallamiento. Alcé mi puño cerrado y lo estacioné en el aire a escasos centímetros de su pequeñísima nariz.

-¿Qué se cree Usted? - comencé; pero no fui lo suficientemente convincente pues tras empujarme sin miramientos me dejó del otro lado de la puerta que cerró con enfado; y mientras yo tiritaba de frío le oí canturrear:

-¡Siete grados! ¡Espero no quemarme! – y con una alegría que hasta aquí no había demostrado en momento alguno, se metió en la bañera.

Una rabia profunda me envolvió. ¡Ya vería ese sapo de otro mundo quien era DS! ¡Jé! ¡Meterse nada menos que con el hijo de John Christopher Stanley! Con lentitud y la determinación que utilizo cuando quiero levantar a una mujer que me atrae, me cambié y saqué de la mesa de luz mi Glock 17; la de munición 9x19 mm Parabellum, ¡capaz de derribar una manada de elefantes cargando todos juntos!

Aseguré su carga y me senté en un sillón frente a la puerta del baño. Encendí un cigarrillo y esperé. Mezclado con el sonido de la lluvia se escuchaba la voz del extraño entonando raras melodías.

Al fin salió. Con sádica y preparada sonrisa levanté el arma y apunté a su pecho. Pasó junto a mí sin prestarme la menor atención. Llegó a la cocina y comenzó a preparar un desayuno en tanto yo continuaba apuntando mi Glock a un punto imaginario del baño.

¡Era increíble! Lentamente entré en la cocina. El extraño untaba con satisfacción una enorme rebanada de pan con mantequilla, mermelada y pasta de maní; y ya tenía listo en otro plato, un succulento sándwich con palta y el queso que me hago importar directamente de Holanda. La taza con moka esperaba humeando y emitiendo ese aroma de maravilla. Pero... ¡Estamos hablando de Mi pan! Mi mantequilla! Mi palta! Mi queso! Mi moka!

Lo miré con profunda incredulidad y descubrí que sus facciones se habían suavizado.

-Está bien – dijo – Aceptaré tu hospitalidad. ¡Me quedaré a vivir aquí!

Caí sentado en la silla. Mudo. La Glock colgaba flácida en mi mano. Él, en tanto comía con infinito placer su fantástico desayuno. Lo observé. No tenía demasiado cabello. La piel era similar a la mía y sus rasgos faciales, tal como lo mencioné antes; aunque semejantes, presentaban claras diferencias cuando comparados con los humanos: nariz pequeña, boca alargada, ojos redondeados, las orejas más chicas. Debo reconocer, que el conjunto no era chocante; aunque innegablemente era distinto. Simple, anodino, inexpresivo; aunque por alguna razón, emanaba de ese rostro un sutil pero rescatable rasgo de malicia.

A medida que iba terminando su desayuno, mis pensamientos siguieron su curso. Recordé lo que había dicho y como me había tratado. Me enojé una vez más y alcé la pistola

-¡Voy a matarlo! – exclamé y esperé su reacción

-¡Por Húlormat! – dijo en tono de paciencia infinita – A ver... Dáme acá – y estirando la mano me quitó la Glock que tiró con evidente desprecio sobre la mesa.

Había tal convicción y seguridad en sus gestos, en sus palabras, que no había forma de no hacer sino su voluntad. Me sentí miserable. El imponente e imbatible DS era una marioneta en manos del titiritero. Dejé escapar un hondísimo suspiro de amargura. Entonces el tipo me miró. Tal vez por el bienestar que sentía luego de tamaño desayuno, su semblante se suavizó ligeramente y así fue que comenzó a explicar:

-¡Escucha bien idiota! He venido porque debo obtener información. Soy una avanzada de invasión. Viviré aquí hasta que lleguen los míos y tú tratarás de no fastidiarme para nada.

-¿Invadirnos?? – Pregunté sobresaltado – ¿Por qué? ¿Qué hemos hecho?

-Necesitamos cantidad de minerales de los que este planeta está colmado.

-¿Y nosotros? ¿Que harán con nosotros? – balbuceé asustado.

-¡Nada! Los cuidaremos y trataremos bien – sonrió – Van a ser nuestra mano de obra. Servicial y gratuita...

-¡Maldito! – Grité – Lo denunciaré a la policía, al Ejército, al Estado, a...

Había cerrado sus ojos y tras concentrarse, en tan solo unos pocos segundos, era otra vez el hombre que entrara la noche anterior a mi departamento.

-Ni lo intentes, a menos que quieras quedar como un imbécil – replicó con algo de paciencia tal como se le explica a un niño muy pequeño. – Tanto por fuera como por dentro soy igual a ti. Y aunque reconozco estar más cómodo en mi forma natural, puedo mutarme a voluntad. ¿Quién creería en tu alucinación? ¿Como harías para mostrarle al policía o al soldado que soy un alienígena? ¡Realmente eres un triste bobalicón!

Más que enojado ante tanta muestra de desprecio y subestimación, me sentí impresionado, pues inmediatamente me dí cuenta que decía la absoluta verdad.

Terminado el desayuno y la breve explicación simplemente se levantó y se dirigió a la puerta de calle.

-Fíjate que no soy tan malvado. No necesito hacerlo pero por consideración te aviso... que voy a salir y tomaré tu carro pues voy a recorrer una cierta distancia.

-¿Mi carro? – exclamé pensando en este marciano o lo que fuera andando a 250 Kms/hora en mi Lamborghini Veneno Roadster – ¡Esto ya es demasiado!!

Tomé la Glock y la monté a la vez que le gritaba:

-¡Te mataré!

-Imbécil... – susurró con una sonrisa de superioridad – Podrías... pero nunca descubrirás la forma. Y eso... porque eres un pobre idiota inútil y descerebrado!

Cerró la puerta tras de sí. Y yo volví a quedar como un pelele con la pistola nuevamente colgando de mi mano.

Lentos y torturantes pasaron los días. Me sentía miserable. Me alejé del deporte, de mis amigos, de las hermosas mujeres, de mi vida ideal. Pasé casi de forma instantánea a ser el vasallo del extranjero. Yo limpiaba, cocinaba, lo atendía. Y él me trataba como un señor feudal al último de sus esclavos. Era despreciativo y se mostraba siempre fastidiado ante cosas que yo hacía o decía. Nunca hablamos mucho y jamás supe qué hacía en sus idas y venidas a las que partía día a día en mi sport de lujo.

Me imaginé que la invasión se acercaba. Fueron días negros para mí. Ese ser ora extragaláctico ora humano me apabullaba moralmente. Su seguridad; el saber que podía yo gritarle o pegarle cuatro tiros pero que no me atrevía me desquiciaba. Estaba menoscabado en mi orgullo y dignidad. Llegué inclusive a olvidar a Lisbeth, a Kassandra, a Ashley, a las maravillosas noches con Jacqueline...

Lentamente empecé a convencerme de la necesidad de matarlo. Tenía que matarlo. ¡Debía matarlo!

La noche bullía de relámpagos y truenos. En mi cama usurpada, el extraño dormía como siempre, profundamente. Era un sueño gangoso y pesado. Tal vez la densidad o composición de nuestro aire. No sé. Lo positivo era que esa entrega al sueño sería su perdición.

Por las ventanas penetraba una débil penumbra en la que se destacaba mi cama con su temido y odiado contenido. Alcé la Glock 17; la de munición 9x19 mm Parabellum capaz de derribar una manada de elefantes cargando todos juntos... y esperé. Transpiraba profusamente mientras rogaba al cielo que no despertara y que yo no titubeara, pues ya comenzaba a pensar en la locura de mi atrevimiento.

Afortunadamente el relámpago inundó la habitación. Apunté el cañón de la pistola directamente a su rostro. En seguida llegó el trueno y cuando la intensidad ensordecedora del mismo fue máxima, apreté el gatillo.

Giró sobre sí mismo e intentó levantarse. Uno a uno en veloz sucesión descargué todas las balas del cargador sobre su persona.

Lancé un grito. El tipo se levantaba y en su rostro había una expresión de ira como jamás le había visto. Tal vez podría haber matado a la manada de elefantes; pero a este ser, las balas le habían rebotado como bolas de tenis contra un frontón.

-¡Sucio, imbécil y estúpido terráqueo!!! – tronó. – ¡Voy a despellejarte!!

Se dirigió hacia mí con determinación. Estaba tanto o más vivo que yo, y su intención de triturarme no era ninguna pamplinada.

Giré sobre mis talones y traté de escapar. Estaba tan ofuscado y atemorizado que me zambullí en la primera puerta que encontré. Era un pequeño cuartito lleno de cachivaches, la mayoría de los cuales perfectamente inservibles. Eché llave y cuando hube terminado me dí cuenta de mi torpeza. ¡Estaba atrapado! Unos golpes sacudieron la puerta y su voz tronó del otro lado:

-¡Abre cochino terrestre! ¡Abre o tiro la puerta abajo!

Me acometió la desesperación. Intenté abrirme paso entre la profusión de cosas tiradas por doquier. Tropecé y caí. Mis manos aferraron algo. El extraño golpeaba la puerta con violencia sin dejar de lanzarme insultos y amenazas. En pocos segundos la cerradura cedería y yo caería en sus garras.

Miré lo que había tomado. Era un soplete. Un simple soplete de soldar. Lo observé unos instantes y fue exactamente allí que en mi cerebro penetró la solución con velocidad lumínica. ¡Tonto de mí!! ¿Cómo no me había dado cuenta antes?! Ya él había expresado: ‘Solo hay una forma de matarme’; y aquel día en la bañera había susurrado lo caliente que le resultaba el agua helada de la ducha. Si algo podía acabar con este maldito usurpador era... ¡el calor!

Cuando al fin la puerta cedió, lo primero que el extraño sintió fue la violenta ola de temperatura saliendo de la boca del soplete. Su sorpresa y luego su pavor fueron indescriptibles.

Lo corrí y arrinconé contra un sillón. Estaba tan desesperado como segundos antes lo había estado yo. Sádicamente fui acercando centímetro a centímetro la larga llama del soplete a su extraño rostro. Me estaba cobrando así tantos días de sufrimiento. Lloró; intentó suplicar, pero hice caso omiso.

Había llegado el momento de exterminar al odioso invasor.

Estaba ya por lamer su piel con la ardiente llamarada, y reconozco que disfruté el momento, pues no solo me desharía de este maldito ser; sino que quizás hasta pudiera detener la invasión que se avecinaba cuando sus compañeros se enteraran que los terrestres tenían medios para aniquilarlos; pero... un instante justo antes de que le aplicara la plena llama de mi soplete, sus ojos se cerraron tratando de concentrarse desesperadamente.

Quedé aturdido. ¡Tremendamente aturdido!

Se había transformado en un ser humano nuevamente; pero no era ya ese insípido hombre vulgar con cuyo aspecto se había presentado. No.

Ahora era la mujer más bella y tentadora que jamás hubiera visto en mi vida. Tirada sobre el sillón se retorció como una gata en celo dejando ver su perfecto cuerpo prácticamente desnudo. Un rostro excitante con unos ojos de un azul profundo; un cuello largo y delgado; una breve cintura. Las piernas eran tan hermosas que ni Michelángelo podría haberlas delineado con mayor perfección; y al rotar suavemente sobre el sillón, su camisa, que se abrió en el momento exacto, dejó ver unos pechos maravillosos, llenos y turgentes. Su lengua recorrió todo el trayecto de un lado a otro de sus carnosos labios; y ardorosamente, su mirada; la que todo el tiempo me había dominado por el terror, se había transformado ahora en una clara invitación a un placer inigualable que sabía me iba a entregar...

Apagué el soplete.

* * *